

Serrano, Pascual. Carta a Alfonso Sastre. En publicacion: La Batalla de los Intelectuales Alfonso Sastre CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Ciudad Autonoma de Buenos Aires, Argentina. Mayo. 2005. pp 171-175 ISBN: 987-1183-17-8

## EPÍLOGO

Acceso al texto completo:

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/sastre/171-193-Epilogo.pdf>

Fuente: Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la red CLACSO - <http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

### CARTA A ALFONSO SASTRE

PASCUAL SERRANO

Querido amigo Alfonso: Acabo de leer tu libro *La batalla de los intelectuales*. Hace dos años ya disfruté con *Los intelectuales y la utopía*, texto incluido ahora en esta última publicación. En ambos denuncias la falta de compromiso del intelectual actual, tal y como lo tuvieron antes Jean Paul Sartre o Bertrand Russell. Te sumas así a las denuncias de Noam Chomsky (*La responsabilidad de los intelectuales*, 1969) y de James Petras (*Los intelectuales y la guerra*, 2002). No puedo estar del todo de acuerdo con todos vosotros porque hay un elemento que creo que no contempláis, y a mí me parece fundamental.

Existe un cambio a tener en cuenta en los últimos cincuenta años: el papel de los medios de comunicación. Hoy, estos pueden someter –y someten– a embargo informativo al discolo y promover

y elevar –y lo elevan– a los altares al sumiso como nunca antes había ocurrido. Desde el mensaje del político hasta el del intelectual, todo se difunde tamizado y expurgado por ellos. Se purgan ideas y líderes o intelectuales desaparecen de la realidad de los medios y, por tanto, de la sociedad. Si, en algún caso, no se les puede desaparecer, como al presidente cubano Fidel Castro o en nuestro país al que fuera coordinador general de Izquierda Unida Julio Anguita, se les sataniza. Pero suele bastar la primera opción.

Por ello, quizás no sea del todo precisa la percepción de que apenas existen intelectuales críticos con el poder y la mayoría de estos se han pasado al bando del dominante. Percepción que nos hace a muchos sentirnos dominados por lo que yo llamaría el *síndrome del perro verde*: percibirnos extraños en nuestra propia sociedad y en nuestro propio tiempo. Individuos que no nos reconocemos en nuestro mundo. Primer paso para la frustración, la impotencia y el enclaustramiento.

Estoy convencido de que muchos de los ejemplos de intelectuales críticos de otros tiempos, Sartre, Rusell o en nuestro país Lorca, Machado o Hernández, hoy estarían en la penumbra social fruto de la oscuridad mediática. Cualquier tiempo pasado no fue mejor en lo referente al compromiso de los intelectuales. Sí lo fue en lo que respecta al acceso de la sociedad a su pensamiento. Lo pudimos ver juntos, amigo Alfonso, en Oviedo, el pasado mes de abril. Mentes lúcidas, nobles y brillantes como las del sacerdote Ernesto Cardenal, el periodista Ignacio Ramonet, el historiador Eusebio Leal, la escritora Rosa Regás, o tú mismo, entre otros muchos, lanzasteis un grito a favor de la humanidad contra el neoliberalismo que no se difundió ni en un solo medio de comunicación español. Grito que volveremos a unir en el encuentro que tendremos en diciembre en Caracas. La omertá mediática llamé yo a esa reacción de los medios. No estamos ante el dominio del pensamiento único, sino ante la difusión de un único pensamiento.

Existen clamores ciudadanos constantes de indignación que son silenciados sistemáticamente: en Euskadi, contra la boda de Felipe de Borbón, contra el saqueo de los países empobrecidos. Del mismo modo, y por poner algunos ejemplos, es laminado cualquier pensamiento que defienda la soberanía cubana o la democracia participativa que el gobierno venezolano quiere poner en marcha en ese país. Están machacados los dos gobiernos que han aprobado la figura de la revocación de mandatos, es decir, que los ciudadanos puedan cesar a un cargo electo si no cumple con su responsabilidad. También a la opinión pública se le niega el desarrollo del juicio contra el ex presidente de Yugoslavia, contra el que nos vimos lanzados a una guerra ilegal. Hasta un periodista en absoluto radical, pero honesto como Ignacio Ramonet, que vende cifras millonarias de libros, se ve obligado a publicar en un periódico regional en España. El resto apenas vemos nuestros textos impresos en *Gara*, un periódico sobre el que se cierne la amenaza constante del cierre.

Hoy no haría falta encerrar a Miguel Hernández hasta que muriese de tuberculosis, ni fusilar a Lorca o que se tuviese que exiliar Antonio Machado. La plutocracia mediática los silenciaría con quizás el mismo efecto. ¿Se representan tus magníficos textos en el teatro?; ¿acaso crees que un medio de difusión nacional masiva publicaría hoy los llamados revolucionarios de Bertolt Brecht?, ¿o defendería “violencias” como las de franceses o italianos bajo la ocupación nazi? Estamos ante un pacto mediático que llama violentos a unos ciudadanos que manifestaban su desacuerdo con el rey durante su visita a Euskadi y censura las imágenes del monarca enseñándoles el dedo corazón en actitud insultante. ¿Cómo tratarían hoy los medios al Che si existiera?; ¿qué diría hoy la crítica si un escritor plantease el dilema de Camus en *Los Justos*?

Afirmas en tu libro que con la guerra de Iraq “una buena parte de la izquierda dormida ha parecido despertar”. No, no ha sido eso. Lo que sucedió es que hubo diferencias en el talón de hierro de Jack

London y una parte de este, Francia, un sector de la socialdemocracia europea, el Vaticano y sus adláteres mediáticos no compartieron el método. Pero fue un disenso puntual, el talón de hierro sigue firme y cruel, y el blindaje de los decibelios y las imprentas no tiene fisuras.

Hace unos días, las crónicas de sociedad de la televisión pública dedicaban extensos reportajes en sus noticieros rosas a las bodas de dos personas cuyo mérito mediático es ser las hijas de dos banqueros que están en prisión por ladrones. ¿Dedicarían un segundo a la boda la hija de un luchador antifranquista?

El problema, amigo Alfonso, no es la ausencia de intelectuales comprometidos, quizás sea mayor todavía, no lo sé. La tragedia es la puesta en marcha de un sistema de genocidio informativo de todo intelectual rebelde y de consolidación de la meritocracia mediática del sumiso y halagador.

Por eso tenemos ante nosotros un gran reto, si no más importante que el del compromiso intelectual, sí más necesario. El de romper el cerco mediático, romper el bloqueo. Durante la clandestinidad, el Partido Comunista de España creó lo que llamó los “equipos de pasos”. Eran comandos de militantes cuya función era que los líderes y militantes comunistas pudiesen atravesar los Pirineos sorteando los controles fronterizos. Ahora debemos crear también “equipos de pasos” para que el pensamiento, las ideas y las palabras, sonidos e imágenes que se enfrentan a este nuevo orden criminal atraviesen los controles fronterizos interpuestos por los medios entre los ciudadanos y los intelectuales díscolos. Los militares fronterizos y represores o el burdo censor que antes había que burlar para que el intelectual subversivo no terminara en prisión, ahora se han transmutado en responsables de medios que son la voz de su amo, gran empresa accionista o publicitaria.

Los intelectuales comprometidos estáis ahí, presos y exiliados por el apagón informativo que os han impuesto, pero yo sé que

estáis. Vamos a ir organizando “grupos de pasos” que emitan al aire vuestra palabra, que impriman vuestras letras, que iluminen vuestras imágenes. En editoriales como Hiru, en periódicos en Internet como *Rebelión.org*, en radios y televisiones libres y comunitarias, en la elaboración de buenos documentales y publicaciones que se distribuyan en redes sociales que desplacen a las telarañas mediáticas que utilizan para apresar a los individuos en el mundo de la mentira y la sumisión. Ahí se encuentra la gran batalla.

13 de julio de 2004

## **PERO ¿QUÉ PASA CON LOS INTELECTUALES?**

(PARA MI AMIGO PASCUAL SERRANO)

ALFONSO SASTRE

Hace unos cincuenta años que yo planteé en el teatro el problema del silencio, no sólo de los intelectuales sino de la gente en general, frente a una situación de intensa y extensa injusticia. Aquel drama se tituló *La mordaza*, y recuerdo que cuando se estrenó en Alemania el título con el que se presentó en Hamburgo fue: *Warum sie schweigen?* (¿Por qué callan?). La cuestión consistía en tratar de explicarse por qué razón operábamos la gente en general y los intelectuales en particular, en situaciones claramente injustas e incluso hirientes, como cómplices de un silencio que nos podía situar en el banquillo de los culpables objetivos de aquellas ignominias, y el drama aportaba una serie de razones o sinrazones por las que las gentes callábamos en situaciones que parecían exigir no sólo la palabra sino el grito de la denuncia. Era una modesta alegoría que podía leerse como una justificación de aquel silencio que manteníamos, unos y otros, frente a las atrocidades del franquismo, pero también como una protesta contra aquellas atrocidades y contra la mordaza

que nos impedía –¿o nos encontrábamos bien recostados en aquel silencio?– protestar.

Ahora acabo de leer con mucha atención la carta que Pascual Serrano –incansable combatiente en la lucha por hacer posible y viable la ruptura del silencio que sigue agobiándonos, y por ampliar el campo de una información alternativa y veraz– me ha dirigido, y en la que hace algunas acertadas puntualizaciones a mis propias tesis, o dejémoslo en meras hipótesis. Sus puntos de vista acreditan una vez más la idea de que los hechos sociales se nos presentan en el campo de la complejidad, y que cualquier simplificación nos aparta de los hechos aunque parezca que nos los acerca y nos los explica. En este caso, ¿tiene razón Pascual Serrano? ¿Tenía razón yo mismo en mis planteamientos, que él cita? ¿O ni uno ni otro? ¿O ambos?

Cuenta Pascual Serrano que yo denuncié “la falta de compromiso del intelectual de hoy tal y como lo mantuvieron en otros tiempos Jean Paul Sartre o Bertrand Russell”; y nuestro amigo no está completamente de acuerdo con quienes así opinamos. ¿Por qué? Porque “en los últimos cincuenta años, el papel de los medios de comunicación” ha alcanzado un lugar extraordinario en relación con aquellos tiempos. “Hoy –dice Pascual Serrano– ellos pueden someter –y someten– a embargo informativo al díscolo, y promover y elevar –y lo elevan– a los altares al sumiso como nunca antes había ocurrido”. Ello explicaría el silencio; los intelectuales críticos no es que guarden silencio sino que son mediáticamente “silenciados”.

Otro punto de discrepancia con mis hipótesis. Yo afirmo (recuerda Serrano) que con la guerra de Iraq “una buena parte de la izquierda dormida ha parecido despertar”. “No –dice Pascual Serrano–, no ha sido eso”. ¿Pues qué ha sido? “Lo que sucedió –afirma el sagaz periodista– es que hubo diferencias en el talón de hierro [...] y una parte de este, Francia, un sector de la socialdemocracia europea, el Vaticano y sus adláteres mediáticos no compartieron el método”. Pero no se trató sino de “un disenso puntual”, y “el

talón de hierro sigue firme y cruel”, apoyado —añado yo— por sus intelectuales orgánicos.

Por mi parte, yo opino que siendo ciertas las tesis de Pascual Serrano (el papel de gran mordaza que actualmente desempeñan los grandes medios de comunicación, lo cual oculta la existencia de unos intelectuales a quienes no se oye porque están amordazados, y la falsa ilusión que puede darse en la idea de que algunos intelectuales orgánicos del sistema han recuperado o están en trance de recuperar un pensamiento crítico), ello no niega sino que confirma la idea de que muchos intelectuales se desplazaron en los últimos años hacia la derecha, pues cuando yo planteaba esta cuestión no me refería a que hubiera silencio (a que muchos intelectuales no hablaran porque no podían hablar), sino al hecho evidente de que muchos antiguos progresistas hablaban y se manifestaban, incluso fervientemente, a favor del sistema. En cuanto a la ilusión de que ahora la situación haya cambiado, y que muchos intelectuales hayan recuperado sus viejas posiciones inconformistas, yo creo muy verosímil que sea cierta la explicación de que tal fenómeno sea muy reducido y de que muchos de esos intelectuales que se han manifestado ocasionalmente ahora contra el imperio lo hayan hecho en virtud de las posiciones tácticas de sus partidos y organizaciones que siguen siendo cómplices de este.

Lo más probable es que la situación sea hoy tan móvil, afortunadamente, que sea difícil situar y localizar las piezas del tablero. ¿Qué pasa, pues, con los intelectuales? No es fácil decir hacia dónde se mueven los distintos grupos, si es que se mueven hacia alguna parte determinable en términos de en contra o en favor del sistema imperialista, compromiso este que queda ocultado por la apariencia “progresista” de determinadas opciones. Por ejemplo, gran parte de la reacción intelectual más retrógrada se expresa bajo las banderas de la sociedad PRISA<sup>1</sup> y su poderoso sistema, que resulta, en la práctica, mafioso

---

<sup>1</sup> Grupo multimedia al que pertenece, *El País*.

hasta producir sonrojo en quienes observamos a las gentes que se mueven en su complejo de medios de comunicación, radios, editoriales, periódicos, etcétera.

En tal situación, amigo Pascual Serrano, es cierto que la inteligencia crítica se mueve con muchas dificultades y siempre amenazada por el silencio; y, en fin, yo estimo que nuestras divergencias pueden resumirse, más o menos, así: para Pascual Serrano, no se produjo tal desplazamiento hacia la derecha en los últimos años de muchos intelectuales sino que la acción del poder a través de sus medios se mostró eficazmente opresiva como productora de silencio. Los intelectuales estaban aquí, con nosotros, pero no podían hablar (y, claro, era como si no estuvieran, como si se hubieran marchado con el enemigo); y ahora no hay tal movimiento de “reconcienciación” sino tan sólo que los patronos de los intelectuales áulicos de siempre, al servicio de la derecha “progresista”, han obedecido a sus amos como siempre, y ahora se han manifestado —con la boca pequeña— “contra los abusos” de Bush y sus secuaces. Están donde estaban, pero se dicen ahora en una posición crítica, mientras dure la consigna de oponer algunas ideas a los dictados del “pensamiento único”. Nada de nada, a fin de cuentas. Mientras tanto, los intelectuales antisistémicos, que nunca han desaparecido aunque hayan sido silenciados, siguen sufriendo la imposibilidad de publicar sus ideas, y sólo lo hacen en medios “alternativos”.

Mientras que para mí sí hubo tal desplazamiento a la derecha de muchos intelectuales, y así mismo me parece —insisto en ello— que se están produciendo algunos movimientos de recuperación de posiciones de izquierda por parte de colegas que se han sentido mal durante los últimos años, al verse desnudos y además mal pagados en las filas de la injusticia más atroz.

La cuestión es, en fin, si algo se ha movido además de los grandes aparatos del neoliberalismo. ¿O no? ¿Siempre somos los (pocos) de siempre, unas veces parlantes y otras enmudecidos? ¿Está ocu-

rriendo lo que siempre ha ocurrido? ¿No hay verdaderos movimientos en la realidad de la crítica? No sé, pero yo soy ligeramente más optimista y me gusta apostar, una vez más, por la dialéctica de la historia. Algo más se mueve, creo yo, que los grandes aparatos bajo cuya opresión navegamos.

26 de julio de 2004

## UNA REFLEXIÓN NECESARIA

PASCUAL SERRANO

Mucho se ha escrito sobre el papel de los intelectuales. En esta breve obra es el dramaturgo Alfonso Sastre quien lo hace. Unas líneas de *El viajero y su sombra*, de Friedrich Nietzsche, dan pie al autor a mantener una sincera e íntima conversación/confesión sobre sus principios y valores. Con quién mejor para confesarse uno –sobre todo cuando no es creyente– que con su propia sombra. Y, como en cualquier confesión íntima, no evita los temas más controvertidos y polémicos. Aunque, hay que reconocerlo, Alfonso Sastre nunca los ha evitado.

Comienza la obra denunciando, como no podía ser de otro modo, la legión de intelectuales que se presentan “públicamente muy celosos de su independencia y de su libertad; y en realidad es que generalmente coinciden su libertad y la ideología del Poder”. Pero donde más lucidez y originalidad aporta Sastre es cuando aborda la cuestión del “terrorismo” y la “violencia”. Nos explica por qué no suscribe “esos papeles en los que se condena la *violencia terrorista* en Euskadi”. Nos recuerda que “se llama terrorismo a la guerra de los débiles y guerra al terrorismo de los fuertes”, cuando en realidad “todas las guerras son terroristas”. También dedica una parte de este breve libro a sus posiciones desde la militancia *abertzale* respecto al “nacionalismo”: “Nosotros no somos [patriotas], ni de la españoli-

dad ni de la euskaldunidad. Pero sí entendemos y apostamos por el patriotismo de las pequeñas naciones que desean autogobernarse”, “nosotros pensamos en la legitimidad de que los pueblos pequeños ansíen autogobernarse”.

Pero lo que me parece más innovador de este texto es su dura crítica a “los intelectuales mundialistas, enemigos de las fronteras y de las banderas”. Para Sastre el internacionalismo es una “noción que postula y desea y defiende la existencia y la variedad de las naciones (Internacionalismo, no anacionalidad)”. No voy a afirmar yo, en lo que pretende ser sólo una reseña, que estoy de acuerdo con Alfonso Sastre –tampoco lo contrario–, pero sí que es recomendable –saludable incluso– leer sus planteamientos y análisis. Sobre todo, porque vienen de alguien a quien considero acreedor de todo mi reconocimiento ético y admiración rebelde. Como en tantas otras cuestiones, sólo desde la credibilidad que aportan las trayectorias personales adquieren valor las afirmaciones y las teorizaciones. Además, en los momentos en que vivimos de uniformidad del pensamiento, y no digamos de la letra escrita, propuestas tan irreverentes como las de Sastre son necesarias para conseguir la reflexión, algo más valioso y difícil de lograr que el aplauso.

Marca Sastre muy bien las distancias entre “nacionalismos y nacionalismos”, apunta las “enfermedades del patriotismo”: chovinismo, fascismo e imperialismo. Y no deja ninguna duda de las bases del “intelectual de izquierdas”: “la desobediencia civil hasta el grado de la sedición”, “la utopía revolucionaria, libertaria y socialista” y la búsqueda de la sociedad sin clases.

En conclusión, poco más de setenta páginas en pequeño formato para provocar la reflexión y la inquietud. ¿Acaso no es esa la primera obligación del intelectual?

**CARTA A ALFONSO SASTRE Y A PASCUAL SERRANO**

OCTAVIO RODRÍGUEZ ARAUJO

Compañeros Sastre y Serrano: Permítanme introducirme en su intercambio sobre los intelectuales, sus posiciones y los medios. Pienso que ambos tienen razón: ciertamente muchos intelectuales son silenciados en los grandes medios, no en todos; y también es cierto que muchos han cambiado de bando. En mi país, México, he visto desfilar, en los últimos cuarenta años, a no pocos intelectuales de la izquierda a la derecha, de la oposición al sistema e incluso al gobierno. Antes de lo que yo pudiera ver ocurrió lo mismo, incluso entre gente que apoyó a Emiliano Zapata en los primeros años del siglo pasado (esto lo sé por libros de historia).

No es raro que el Poder coopte intelectuales, pues siempre los ha habido con ganas de ser cooptados. Parece ser un problema de precios y de “reconocimientos” que otorga el Poder y de los que han estado y están ávidos muchos intelectuales. De la vieja izquierda quedamos pocos, y no precisamente porque muchos hayan fallecido. Pero también hay nuevas izquierdas, jóvenes que van por un camino similar al que iniciamos otros hace muchos años. Y, vale decir, a estos jóvenes se les cierran más espacios que a nosotros, pues les (nos) ocurre lo mismo que con el empleo: nosotros tuvimos mejores probabilidades que ellos de tener empleo. Ellos tienen un futuro más aleatorio que nosotros, pero hacen su lucha y participan en las luchas. Yo puedo escribir en *La Jornada*, en *Rebelión.org*, en *Resistir.info* y en otros periódicos cibernéticos también muy importantes. Ellos no, entre otras cosas porque todavía no son conocidos. En definitiva, a ellos, a los jóvenes, les costará más trabajo hacerse oír, hacerse leer. Pero existen, también, aunque seamos menos —insisto—, los que siendo de antiguas generaciones mantenemos posiciones de izquierda. Los que cambiaron le llaman realismo, madurez, ecuanimidad, etcétera. Son sus justificaciones para decir que “luchan dentro del sistema” para cambiarlo. Es el pretexto de

siempre. Quedar bien con todos... y con nadie, finalmente; o con muy pocos: los que les pagan.

Sí, hay que abrir espacios para nosotros y para los que vienen detrás. Pero también multipliquémonos, porque somos menos. Esta es mi sensación (pues no puedo cuantificar el fenómeno) de lo que sucede en México, y pienso que en otros lugares. Sabemos que la razón y la historia están de nuestro lado, pero no tenemos suficientes medios para decir lo que pensamos. Cierto, pero ¿no ha sido así siempre? Yo no recuerdo que la izquierda tuviera espacios en la televisión mexicana, y antes de esta en la radio. Siempre hemos contado, en cambio, con medios escritos, a veces marginales, a veces no. Y alguien nos lee. Y ahora con Internet, más. La cosa no está perdida. Soy optimista. Reciban un saludo cordial.

30 de julio de 2004

## LA COBARDÍA DE LOS INTELLECTUALES

CARLO FRABETTI

En su reciente “Carta a Alfonso Sastre” (*Rebelión*, 13/7/04), sostiene Pascual Serrano que la actual falta de compromiso y la deriva reaccionaria de muchos intelectuales es, en buena medida, una ilusión creada por los grandes medios de comunicación, que no dejan hablar a los disidentes y promocionan a los defensores del sistema. No es que no haya intelectuales comprometidos, sino que el Poder los reduce al silencio, viene a decir el autor de la carta, por lo que la solución está en la creación y consolidación de medios alternativos capaces de difundir sus voces de protesta.

Creo que el tratamiento propuesto por Serrano para curar nuestra cultura enferma es acertado, pero no su diagnóstico. Por supuesto que hay que promover la creación de medios libres y comunitarios, y estoy plenamente de acuerdo en que esa es la gran

batalla (la de quienes no nos atrevemos a empuñar un fusil, quiero decir: la verdadera gran batalla, la madre de todas las batallas, es la que están librando los iraquíes y los palestinos). Pero al decir que los intelectuales callan porque no les dejan hablar, Pascual Serrano es demasiado indulgente con el gremio. En realidad, y aunque sigue siendo muy difícil, hablar es hoy más fácil que antes. Nunca los grandes medios de comunicación han sido tan poderosos, es cierto; pero nunca ha habido tantos y tan eficaces medios alternativos, y las contradicciones internas de las seudodemocracias occidentales abren sin cesar nuevas fisuras en los aparatos de dominación, fisuras que quienes se atreven a ello pueden aprovechar eficazmente. Sólo así se explican fenómenos como la protesta de los *Goya* del año pasado (cuyo epicentro, por cierto, fue una carta de Alfonso Sastre invitando a la gente de teatro a decir no a la guerra desde los escenarios) o la “metamanifestación” del 13 de marzo que le dio la puntilla al Partido Popular.

Ojalá hubiera muchos intelectuales comprometidos dispuestos a hablar en cuanto les brindaran la ocasión. Pero me temo que, por desgracia, el análisis que lleva a cabo Sastre en *La batalla de los intelectuales* (el libro que ha motivado la carta de Serrano) es certero: la mayoría de los “creadores de opinión” se vende al Poder, y los que no se venden abiertamente, intentan nadar y guardar la ropa (aunque para ello tengan que quedarse chapoteando en la orilla). Con excepciones honrosísimas, huelga señalarlo, de las que el propio Sastre es el mejor ejemplo.

Insisto: Pascual Serrano, en su por otra parte excelente artículo, es demasiado benévolo con un gremio que, en estos momentos, merece las críticas más duras. Tan benévolo que en un momento dado alude, como de pasada, a un intelectual “en absoluto radical pero honesto”. Sin entrar a valorar el caso concreto al que se refiere dicho comentario, me parece importante señalar que la mera expresión “intelectual en absoluto radical pero honesto”, a no ser que

bajemos mucho el listón de la intelectualidad (y/o el de la honradez), es una contradicción *in terminis*, una incompatibilidad terna-ria tan flagrante como “bueno, inteligente y de derechas”. Se puede ser honesto y “en absoluto radical” si se carece de la información y la capacidad de análisis necesarias para comprender la gravísima situación sociopolítica que nos ha tocado vivir. Pero un intelectual —una persona que ha hecho de la cultura y la comunicación su oficio— no puede ignorar lo que pasa ni refugiarse en la cómoda posición de observador distante y crítico moderado. La función del intelectual, su responsabilidad inexcusable, es defender la verdad, es decir, denunciar las mentiras y los abusos del Poder; lo cual, hoy más que nunca, le exige ser “radical” en el más pleno y literal sentido del término, puesto que lo que está podrido son las raíces mismas del sistema. Tal vez el discutible concepto de “tonto útil” sea ampliable a otras categorías y haya también “cobardes útiles”, pero, en circunstancias como las actuales, quienes quieren nadar y guardar la ropa (es decir, criticar al Poder sin renunciar a sus dádivas ni exponerse a sus represalias) merecen más desprecio que indulgencia.

Es cierto que el Poder intenta por todos los medios (nunca mejor dicho) silenciar a los disidentes; pero no es menos cierto que muchos intelectuales se dejan silenciar con sorprendente facilidad. Cuando, en junio de 2003, los paniaguados de PRISA firmaron una infame “Carta abierta contra la represión en Cuba” directamente dictada por la CIA, desde la Alianza de Intelectuales Antiimperialistas vimos la necesidad perentoria de contestar pública y colectivamente. La réplica era inexcusable, pues el cerdito orwelliano que controla los medios quería (y casi lo consiguió) hacernos creer que la *intelligentsia* ibérica en pleno estaba contra la Revolución Cubana. Y la recogida de firmas para nuestro comunicado (“Con Cuba, contra el Imperio”) fue reveladora. Varios intelectuales y artistas supuestamente de izquierdas se negaron a firmar y alegaron sin ningún pudor que, aunque estaban de acuerdo con

nuestra réplica, en caso de suscribirla no podrían seguir escribiendo en *El País*, o no pasarían sus películas por *Canal Plus*, o no publicarían sus novelas en *Alfaguara*...

No nos engañemos: la mayoría de los intelectuales que callan no lo hacen para salvar sus vidas o el pan de sus hijos, sino, como dijo Dalton Trumbo de quienes durante el macartismo traicionaron a sus compañeros, para salvar sus piscinas. Y se ahogarán en ellas.

## LOS INTELLECTUALES Y LA APATÍA

SANTIAGO ALBA RICO

¿Por qué un “libro” está revestido a nuestros ojos de más autoridad que un manuscrito? ¿Por qué sucumbimos al prestigio de un “automóvil” y despreciamos en cambio nuestras piernas? Porque el libro y el automóvil, con independencia de lo que transporten, concentran –por así decirlo– *más mundo* (más dinero, más medios de producción, más energía); porque el libro y el automóvil han sido *aprobados* por el capital invertido en estos, por las máquinas que los han objetivado, por decenas de decisiones en cadena y múltiples y minúsculos actos de voluntad e incluso –se diría– por los propios trabajadores de la imprenta o de la fábrica de la Fiat, porque el libro y el automóvil, en suma, tienen relación –y su existencia misma es esa relación– con *más personas y más medios* que el manuscrito, que es obra sólo mía, o que las piernas, con las que sólo puedo correr yo. Las cosas útiles, buenas, bonitas, son las que están asentadas en una porción mayor de mundo. En este sentido, la autoridad de la mercancía que Marx llama “fetichismo” procede, sin duda, de su carácter social, pero no es engañosa por esto; el problema es que el libro y el automóvil *parece como si* hubiesen sido aprobados por los trabajadores de la imprenta o los obreros de la Fiat cuando en realidad estos les han transmitido su “autoridad” a la fuerza, sin voluntad ni satisfacción. Por eso, lo sabemos, allí donde el “mundo” ha sido

confiscado por intereses particulares, los libros muchas veces son inútiles y los automóviles peligrosos.

Eso es lo que pasa con los así llamados “intelectuales”. Los intelectuales son –somos– medios de transporte; su posición en el mundo no está determinada por una concentración favorable de inteligencia individual sino por una concentración privilegiada de poder objetivo. Antes de decir nada e independientemente de cómo lo digan, una combinación particular de capital económico y simbólico –por decirlo con Bourdieu– los sitúa en el mismo plano que a todos aquellos que tienen *más* información y *más* medios para utilizarla: políticos, empresarios, financieros, expertos, científicos, asesores del gobierno, grandes mafiosos, periodistas. En términos de autoridad recibida, apenas se distinguen de ellos. Pero se distinguen, naturalmente, de ellos. Hay al menos cuatro formas de utilizar el crédito de la información: se puede hacer de esta un uso privado y en favor de intereses particulares, como los empresarios, los financieros o los ladrones de guante blanco; se puede hacer un uso privado, dentro de un circuito de especialistas, en favor del interés público, como hacen los científicos y los poetas; se puede hacer un uso público en favor de intereses privados, como los gobernantes y los políticos, y se puede, finalmente, hacer un uso público en favor del interés público. Es esto lo que define, al menos idealmente, a los intelectuales y los define por tanto, contra o extramuros de los otros tres grupos, con los que jamás puede confundirse. El intelectual utiliza la autoridad recibida contra la fuente misma de esa autoridad, insobornablemente al margen de toda sujeción económica o política: ni se pliega a los poderosos ni –más decisivo– *se dirige a ellos*. Es, sí, un medio de transporte, pero un medio de transporte colectivo de periferia, un autobús público que sólo hace líneas irregulares, apartadas, incómodas, o una ambulancia de inteligencias voluntarias que va recogiendo a las víctimas de la injusticia y la opresión allí donde se producen.

Durante ochenta años, entre Zola y Sartre, así se ha definido al intelectual: como un poder insurgente en el espacio público que prestaba su voz a los que estaban fuera de él. Hoy ya no. Como modesto agitador y aún más modesto escritor (y como miembro, por ejemplo, de la Alianza de Intelectuales Antiimperialistas) me resigno a un título –tan desdichadamente erosionado como el de “periodista” o “político”– que me gustaría suprimir o redefinir por completo. Ya no hay intelectuales y habrá que buscar otro nombre para el coraje, la honestidad, la independencia, la moral, la defensa de los valores democráticos, la voluntad de cambiar el mundo; o dejar el término “intelectual” para designar sólo la cobardía, la sumisión, la ambición mundana, la inteligencia a sueldo, el corporativismo, la carantoña al poder, el desprecio del otro.

En octubre del año 2002, *Le Monde diplomatique* publicaba un artículo de título “Los nuevos reaccionarios”, firmado por Maurice T. Maschino, que comenzaba así: “Situados antaño en primera línea para defender con coraje, contra los poderes y la opinión pública, causas desesperadas (asunto Callas, asunto Dreyfus, independencia de Argelia, paz en Vietnam, etc.), muchos de los intelectuales franceses –de Alain Finkielkraut a Jacques Julliard, de Philip Sollers a André Glucksmann, de Luc Ferry a Pascal Bruckner y tantos otros parecen alinearse hoy con las tesis dominantes más retrógradas y conservadoras”. Al mismo tiempo, un libro de Daniel Lindenberg, *Llamada al orden*, denunciaba la “deriva reaccionaria” de la intelectualidad francesa, y suscitaba una polémica violenta entre las víctimas del libelo y sus sostenedores. En el Estado español, modesta mónada de la Unión Europea, las cosas no son muy distintas, salvo porque aquí ni siquiera hay ajustes de cuentas entre “familias intelectuales”. Encerrados en un círculo encantado donde repiten y multiplican sus voces entre dos paredes, como en una parodia en *cinemascope* de los grupúsculos fanáticos de la militancia marginal de los que se burlan, ninguna acusación les sacude y ninguna inter-

pelación les conmueve. Aparte de los *proletrarios* (obreros de las letras) que participan en este debate, ninguno ha tenido nada que decir, por ejemplo, al libro de Alfonso Sastre, *Los intelectuales y la utopía*, una de las poquísimas voces que sigue utilizando su “autoridad” para socavar los aparatos de confiscación del mundo y llevar en ambulancia un poco de inteligencia a la periferia del mercado.

En todo caso, ni Lindenberg ni Maschino plantean bien la cuestión. La “claudicación de los intelectuales europeos” de la que habla Chomsky con aspereza no tiene que ver con la venalidad o el vicio particulares sino, más bien, con la corrupción del “espacio público” al que la figura del intelectual debe su existencia. Creo que sólo contra el horizonte de esta corrupción ambiental se puede dar la razón, al mismo tiempo, a Sastre y a Pascual Serrano en sus argumentos respectivos. El “espacio público” ha estado siempre atravesado por relaciones de fuerza y líneas de tensión, resultado de la resistencia ejercida *desde dentro* contra las amenazas del monopolio cultural. Hasta la década de los años ochenta, el intelectual europeo recibía su poder en el interior de un espacio público desigual, plural, abierto, en el sentido más antagonístico o agonístico del término. Era un espacio agujereado, lleno de plazas enfrentadas y no, como ahora, una sola plaza llena de mercancías alegres y abigarradas. Allí la voz del intelectual se oía no sólo porque tuviese garganta (y entrañas y sentido de la responsabilidad) sino porque tenía también *medios* para hacerse oír. Tenía un *mundo* bajo los pies. Robustos movimientos y partidos de izquierda alimentaban, a veces a su pesar, un pensamiento independiente; la Unión Soviética, que se pudría por dentro, contrapesaba en el exterior el modelo “occidental”; en España el antifranquismo vehiculizaba un proyecto internacionalista. Incluso el capitalismo, hasta aquella misma década, estaba interesado en explotar comercialmente la resistencia. La cultura era un campo de batalla, como bien lo demuestra el hecho de que la CIA —según las revelaciones del libro excelente de Frances Stonor

Saunders— invirtiese millones de dólares en una “guerra fría cultural” cuyo éxito dependía de que los intelectuales siguiesen *pareciendo* intelectuales; es decir, voluntarios de la inteligencia, partisanos de la independencia, voceros de la justicia y el inconformismo.

Hasta hace treinta años, el “intelectual” estaba dentro de un espacio público agonístico; hoy está fuera de un espacio público monopolístico. Esa es la gran tragedia política del nuevo milenio: en nuestros días, la honestidad, la independencia, la moral, sólo están *fuera*. Ni siquiera hace falta ya la CIA para expulsarlas. El “espacio público” ha sido secuestrado por el mercado, cuya dimensión espiritual, en el marco de los bienes intangibles, es el espectáculo. En este, el carácter social de la “autoridad” de los intelectuales deviene puro “fetichismo”. El posmodernismo, como ideología dominante de las relaciones de mercado, ha querido “liberar” la cultura de la política sin devolverla al monasterio (a los “cenáculos de alta espiritualidad” de Benda), aquilatando así la figura de este nuevo intelectual inscrito en un espacio público que no es ya el de la política sino el del comercio. El periódico, el libro, la televisión son sobre todo juguetes; la cultura un parque temático protegido por murallas chinas y misiles balísticos. Allí dentro, la sumisión del “intelectual” es tan completamente *independiente* de toda constricción externa, se ciñe tan ajustadamente a su voluntad subjetiva de bienestar, que puede creerse “solo” y audaz cuando dice lo mismo que repite todo el mundo y cuando lo dice, además, con un ejército —de medios, de subvenciones y de soldados— cubriéndole las espaldas. Allí dentro, el “intelectual” tiene que proteger su autoridad y su prestigio en dura disputa, por arriba, con expertos, secretarios de Estado, dirigentes políticos, grandes empresarios, generales de la guardia civil, y —por abajo— con presentadores, imitadores, cantantes, famosos de la *jet*, actores y tertulianos. La autoridad y el prestigio están, aquí dentro, condicionados a la permanencia en el horizonte riquísimo del encefalograma plano, del mantel ideológi-

co pintado con rayas de colores, donde el intelectual, por tanto, no se distingue del general de la guardia civil ni del humorista saburroso, salvo porque dice lo mismo vestido de otra forma y utilizando otros adjetivos. El “intelectual” tendría que renunciar a la autoridad y al prestigio para distinguirse de ellos, y para eso hace falta –como recordaba Brecht en los años treinta– mucho valor. Pero, por eso mismo, no hay ya intelectuales. Fuera del espacio público, por definición, no puede haber intelectuales; dentro ya no los hay porque el espacio público se ha convertido en un espacio cerrado de dependencia estructural. No podemos medir, quizá, todas las consecuencias temibles de este cambio. Fuera del espacio público, la honestidad, la independencia, la moral son inútiles; fuera del espacio público, la inteligencia se vuelve destructiva. El hombre bueno que ve reducido su salario, semidesnudo a su hijo, desahuciada a su mujer, y agota todas sus energías en buscar algunas migajas para acabar la jornada, seguirá siendo bueno –y aceptando los decretos del gobierno, por muy injustos que sean– porque aún puede fumarse un cigarrillo jugando al mus en un café. La inteligencia que ve reducido su campo de aplicación, rechazados sus productos, ignorada su palabra, y busca sin encontrarla una rendija para acceder al mundo compartido e influir en él; la inteligencia voluntaria que no puede ser “intelectual” (es decir, pública) acaba casi inevitablemente por dar la razón al gobierno, que la trata ya como “criminal” o “terrorista”.

En uno de los momentos más angustiosos de la historia reciente, mientras la democracia retrocede en todos los rincones del planeta, los poderosos protegen con bombas de racimo sus mercados y los débiles son aplastados sin mucho desgaste de retórica, no podemos contar con los “intelectuales” del interior; no podemos contar con los “intelectuales”. El “intelectual” nació con el “Yo acuso” de Zola y ha muerto con el “Yo consiento” de Savater, Juaristi, Albiac y compañía (la legión francesa o los mosquitos anticubanos). El

recinto del espectáculo está marcado por balizas políticas infranqueables, siempre decididas de antemano por el acuerdo espontáneo de gobiernos apócrifos y medios de comunicación propiedad de grandes grupos económicos. Defensores de la OTAN, jaleadores de bombardeos, sostenedores de los crímenes de Israel, mudos ante los atropellos contra el Derecho, los “intelectuales” no se distinguen en nada ya de los gobernantes, los financieros, los asesores, los empresarios, los generales y los mafiosos. Periodistas de oro que manosean la democracia mientras piden la intervención del fiscal general del Estado contra un periódico; ex *abertzales* convertidos al sionismo que encabezan manifestaciones a favor de Sharon y los fusilamientos de niños; ex comunistas althusserianos que piden a gritos más bombas sobre Afganistán e Iraq y reclaman el voto para el Partido Popular so pretexto de que “todo es nada” y la revolución “imposible”; brillantes ex anarquistas volteados a los que no les importa cuántos principios haya que violar con tal de acabar con el “demonio” y que –tan laicos como liberales– terminan por “coranizar” contra él la Constitución española (sin entender que eso es precisamente “inconstitucional”) mientras arremeten contra Venezuela o contra Cuba. En Francia el límite insuperable es Israel; en España la “cuestión vasca”; en todas partes, el socialismo cubano y su larguísima y heroica guerra de liberación nacional. Entre nosotros (en la Euskal Herria desde la que escribe Sastre) el sentido común no es sólo penalizado con el silencio, el desprecio y las represalias públicas; a veces también con la cárcel. Los “intelectuales” ayudan a poner la mordaza y las esposas. Si el subcomandante Marcos nos recordaba hace no mucho, desde su rincón internacionalista de Chiapas, el camino de la sensatez –una oportunidad a la palabra–, su propuesta ni siquiera fue noticia para los que tienen el poder –y el deber imperativo– de la información en el Estado. Esa es la lógica en la “guerra mundial contra el terrorismo”: los que *sólo* quieran hablar, esos serán los silenciados.

Quizá tengan razón, quizás hay que defender la espontaneidad del mercado con bombas y dictaduras; quizás hay que atacar Iraq y aceptar, al mismo tiempo, la muerte de miles de personas y la aniquilación del Derecho Internacional; quizás hay que sacrificar a los palestinos y devolver el poder a los ricos en Venezuela; quizás hay que aplaudir a Putin y castigar a Castro; quizás hay que ayudar a ETA a provocar una guerra civil en el País Vasco y preferir la tortura y la prevaricación a la democracia y el diálogo. No digo que no. Pero digo que los que así hacen ya no pueden ser llamados “intelectuales”, salvo por la misma razón por la que el Vaticano obliga a los cristianos a llamar “santos” por igual a Francisco de Asís y a Escribá de Balaguer. Llamémosles de otra forma: llamémosles “piruetistas” o “chisporretas” o “catarrinales” o cualquier otro fonema que, según el principio de la arbitrariedad saussuriana, acabe por evocar en nosotros, a fuerza de roce, la relación entre la inteligencia, el servilismo y la vanidad. En el Estado español podemos llamarlos “españales” o “intelectuñoles”, términos que contienen una red muy rica de asociaciones, entre la dependencia infantil y el patriotismo benemérito.

“Todos somos responsables” se utiliza habitualmente para amortiguar u ocultar la responsabilidad de los gobernantes y de los sigilosos vendavales que ellos encubren: “todos somos responsables de la contaminación”, “todos somos responsables del hambre”, “todos somos responsables de la pobreza”. Es muy importante, me parece, recuperar el concepto de “responsabilidad” en un mundo en el que, por encima del cuchillo y la goma, países enteros se hunden, con sus niños, sus casas y sus riquezas, en el silencio impersonal de la naturaleza. “Todos somos responsables” es una afirmación cierta y valiosa, a condición de añadir inmediatamente: no todos en el mismo grado ni de la misma manera. Los que tienen *más* información y *más* medios (es decir, más poder), los políticos, los gobernantes, los empresarios, los financieros, los expertos, los mafiosos, tienen

mucha más responsabilidad en general que los indígenas de Guatemala o incluso que los “indígenas” de Vallecas. Particularmente responsables son también, como nos recuerda Chomsky una y otra vez, los intelectuales claudicantes que han traicionado su compromiso con la verdad y la justicia –y con los propios “indígenas” europeos desprovistos de voz– porque no tienen el valor suficiente para renunciar a una autoridad fetichista y fraudulenta y a un prestigio tan contaminante como el chapapote que todavía hoy embadurna las costas de Galicia.